

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL SEGUNDO ANIVERSARIO.

Estamos hoy como estábamos hace un año: en los tiempos mas normales y de mas completo quietismo hubieran ocurrido por lo tocante á España mayores mudanzas de cosas y de personas que en los de agitacion y revuelta que corremos. Tenemos la misma interinidad, la misma regencia, el mismo congreso, el mismo ministerio con ligeras modificaciones, en los partidos la misma actitud y mútuo equilibrio de fuerzas, en la atmósfera la misma bochornosa calma interrumpida de vez en cuando por violentas tempestades que no la despejan. Hoy pudiera reproducirse, sin variar siquiera una palabra, el artículo publicado con el título *Degradacion* en el primer aniversario de la revolucion de setiembre (*). Nada menos progresivo que esta; armada nació, y es lo único que tiene comun con Minerva; pero tal como nació se ha quedado sin crecer y sin menguar; ni adelanta ni retrocede, ni ha echado en dos años mas raices, ni tampoco vá presentando intrínsecamente, señales mas próximas de caida. Semanas atrás la juzgué mas inminente anunciando *el principio del fin* por efecto de las complicaciones europeas; pero el aplazamiento de la solucion general, fiada á las armas primero y despues mas ó menos tarde á la diplomacia, alargará por algun

tiempo la raquítica existencia de los que á todas se avendrán con tal de salvar el mando aun á costa de los principios. No obstante si poco ó nada ha cambiado en sí misma la situación del pais, ha cambiado y no con desventaja respecto del estado de las naciones vecinas. Ayer destacaba la España como punto negro sobre fondo claro; hoy, sin haberse aclarado su color, resalta casi iluminado sobre campo mas oscuro: ya no cabe mayor encarecimiento del infortunio á que ha llegado el mediodia de Europa. ¿Quién no hubiera trocado la suerte ó por lo menos la actualidad de nuestra patria con la de la Francia imperial, tan próspera y pujante, tan fecunda en talentos y en caracteres, tan vigorosa en patriotismo? ¿Quién no hubiera preferido tal vez en ciertos momentos la de la misma Italia, que cuenta al fin con un trono ocupado y una dinastía hereditaria bien que intrusa respecto de una parte de su territorio, y que si entraña facciones demagógicas, no esceden á las nuestras en impiedad ni en barbarie? Y sin embargo entrambos tienen hoy por qué envidiarnos, la Francia por lo que ya sufre, la Italia por lo que con fundamento tiene, terrible si ha de corresponder á lo horrible del último atentado. Consideracion es esta que de pronto consuela y envanece, pero bien pesada abate mas el ánimo y le desespera, porque nos presenta reducidos á nuestras propias fuerzas, mas espuestos á recibir de nuestros vecinos el con-

(*) Núm. 31 de la *Unidad Católica*.

tagio del mal que el auxilio para el bien, y heridos de un daño mas profundo é irremediable cuanto mas tiene de general.

¿Y en qué consiste nuestra ventaja, sorprendente sobre todo al parangonarnos con Francia que tantas parecia habernos de llevar bajo cualquier aspecto? Es que no debe confundirse la pujanza del gobierno con la vitalidad de la nacion, y principalmente con la robustez y salud de la sociedad. La fuerza de Francia mas que en la nacion residia en el gobierno y mas que en la sociedad en la nacion, es decir en los sentimientos y virtudes cívicas mas que en las domésticas y cristianas; todos los radios paraban allí á un centro del cual recibian impulso, y herido el centro han quedado sueltos los cabos, quitada la clave se ha desplomado la bóveda, hendido en su corazon el tronco se ha interceptado la savia de las ramas. En España no se ha llegado á tal extremo de centralizacion; así es que á pesar del desorden gubernamental de que adolece, tan antiguo como la anécdota de que solo esta demanda de buen gobierno le habia negado el cielo por tardía y exorbitante despues de la concesion de tantos dones naturales, la nacion en varias épocas se ha elevado al apogeo de prosperidad y de grandeza. Aun ahora, tan debilitados como están el sentimiento nacional y el vínculo religioso que constituyen su mas sólida trabazon, aun ahora suprimido de hecho el trono con el cual está identificada por carácter y por historia, vive huérfana y acéfala en una tranquilidad relativa, que dará que pensar si para la existencia de las sociedades son artículo de lujo los gobiernos.

Se dirá tal vez que no hemos pasado por el trance de acerba guerra con un enemigo poderoso, que no hemos sido puestos á prueba de invasiones, reveses y derrotas: es verdad, pero si no lo hemos sido nosotros, lo fueron nuestros padres, y contra un poder harto mas abrumador é irresistible que lo es el de Prusia para la Francia. Por grande que se suponga la inferioridad en número, en táctica y en organizacion de los ejércitos franceses respecto de los prusianos, inferioridad

que si realmente existe no ha sido conocida sino por los resultados, pues antes el concepto general estaba á favor de los primeros, de todas maneras dista muchísimo de ser la que tenia la abatida España de Carlos IV enfrente del coloso sin igual de la edad moderna. Compárese ahora la campaña de la *independencia* española con la que acaba de derribar al imperio francés, el prestigio de un rey mal aconsejado y cautivo con el crédito del árbitro de los destinos europeos, la pericia de nuestros generales y guerrilleros con la de los ilustres mariscales vencedores en África y en Crimea, los flojos medios de una nacion atrasada y empobrecida con los inmensos recursos de potencia tan principal, seis años de resistencia heroica con seis semanas de incesante desbandamiento, el triunfo definitivo de la una con la catástrofe final á que está abocada la otra; y véase si es posible mas elocuente contraste.

¿Resistirian los españoles de hoy, tal como resistieron los de entonces, al extranjero que invadiese sus fronteras? lo dudo; pero quizá la diferencia no dependeria tanto de la innegable degeneracion del carácter nacional, como de la distinta manera de apreciar una intervencion mas ó menos justificada. Si en vez de enemigo lo considerase como aliado una parte del pais, si á su entrada se diese un sentido y un interés político, ahora que tan profundas son las discordias y tan encontradas las tendencias, claro está que recibirian los invasores una acogida tan diversa por lo favorable como lo fué la de los franceses en 1823 de la de los franceses en 1808. Los partidos aniquilan el patriotismo, estableciendo divisiones entre los hijos de un mismo suelo é inteligencias con los estraños; y lo interminable de sus luchas y los desmanes de la anarquía ocasionan y en ciertos casos autorizan la mediacion de los vecinos, evidenciada la impotencia de que se arreglen las cosas en familia. Pero preséntese francamente hostil cualquier ambiciosa potencia, ataque no ya á una situacion ó gobierno de partido sino á la misma nacion; y entonces se verá si la España, tan quebrantada, tan envilecida, tan llena de elementos disolventes, su-

cumbe tan de golpe y tan compactamente como ha sucumbido la Francia ante su adversario común, y si deja así hollar en todas direcciones su territorio por las huestes conquistadoras.

Y no es porque nuestro carácter lleve grandes ventajas al francés, pues si le escede en tesón y firmeza, apenas le iguala en valor y entusiasmo; sino, como he dicho arriba, porque las costumbres suplen aun entre nosotros por las leyes, y el espíritu de familia todavía vigoroso conserva y rectifica en nuestra sociedad lo que destruye y perturba el estado. Gracias á esta vida propia que en el pueblo español reside independientemente de su gobierno, y que le hace privilegiado entre los pueblos como al olivo entre los árboles en brotar renuevos, no del tronco principal, sino por cualquier extremo; gracias á estos vínculos morales y creencias religiosas que no se ha omitido medio para destruir oficialmente; gracias á las fuerzas sociales que resisten á las corrientes políticas, la revolución de setiembre no ha producido todos sus frutos de muerte ni llevado mas adelante sus conquistas desastrosas. No consiste en ella si no nos ha hundido en mas espantoso caos; no consiste en ella si no se ha suicidado con sus inconsecuencias y desvaríos para ceder el paso á una segunda revolución mas lógica y mas sangrienta.

¿Llegará á celebrar su tercer aniversario? Si esto ha de ser, quiera Dios que sea con agüeros mas felices que los del horrendo crimen de Tarragona y las insurrecciones republicanas de Barcelona y Valencia que acompañaron el primero, y con impresiones mas gratas que las de consternación y zozobra que coinciden con el segundo, renovando en los habitantes de Palma, aunque asustados por distinto riesgo, el recuerdo de los vergonzosos espectáculos de iguales días en 1868. Pues si bien los atentados de los hombres no causan tantos estragos como los azotes de Dios, estos no dejan mas que huellas de luto en la historia, y aquellos las dejan de infamia.

J. M. Q.

PALABRA MAL DEFINIDA.

Hay palabras que en vez de ser el espejo en que se retrata clara y distinta una idea, son el velo en que envuelve un pensamiento sus formas indecisas. Tal es la palabra *libertad*.

Libertad! Ved ahí la idea mas grata, la aspiración mas noble, el mas puro sentimiento. Mi cuerpo, mi corazón, mi espíritu se regocijan al solo nombre de libertad. Porque mi cuerpo desea la libertad, miro con envidia al águila libre hender esos aires con raudo vuelo, y al ciervo fugitivo correr esos campos sin que sus piés doblen el tallo de la yerba. Porque mi corazón ama la libertad, me estasio ante esos corazones libres que, aspirando á un amor levantado y sublime, ponen á sus piés el mundo para ellos estrecho; al paso que siento lástima por esos corazones esclavos de los sentidos, que como aves prisioneras, baten en vano las alas contra sus redes. Porque mi espíritu se goza en la libertad, unas veces en alas de la fantasía recorro mares y tierras, y alzando el vuelo me espacio en el éter puro hasta pisar las estrellas; otras veces tomo la llave de las ciencias para robar á la naturaleza sus secretos, y lanzo á nuevos horizontes mis libres miradas.

Libertad! Palabra dulce y cadenciosa que despierta en todo corazón un eco sonoro. El esclavo la invoca entre sus hierros, y el sibarita entre sus gocees; el sabio la predica desde su cátedra, y el pueblo la reclama en sus tumultos; el poeta la canta en sus estrofas, y el anacoreta la disfruta en su soledad amable y silenciosa. La libertad es el don mas rico entre los ricos dones de mi Dios; es la peana en que descansa la humana dignidad, y la corona que la remata.

Pero ¿qué es la libertad? Preguntadlo á esos traficantes de derechos, á esos revendedores de libertades, á esos vocingleros oradores de nuestros cafés y de nuestra tribuna; y entre verbosas frases y redondeados períodos oireis necedades sin cuento, y al fin vendreis á sacar que solo se os predica licencia bajo el nombre de libertad. Por lo que á mí hace, cuando veo tanta proclama, tanto periódico, tanto club, tantas *pacíficas* manifestaciones, no puedo menos de recordar los inimitables versos de Rioja:

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud para el prudente!

¡Qué redundante y llena de ruido

Para el vano ambicioso y aparente!

Apartemos los ojos de esos vanos y ambiciosos aparentes, y busquemos en mas altas regiones el origen divino de la libertad. Esta libertad por la cual el corazon del hombre tan vivamente suspira, no puede ser sino la facultad de conocer la verdad y obrar el bien con soberana independencia. Dios es el único sér soberanamente libre. Su libertad se estiende de un confin á otro confin, abrazando la universalidad de las cosas reales y posibles; porque él llama á las cosas que no son como á las que son, y todas puntuales le obedecen. Esta libertad absoluta en Dios es necesaria, y en el hombre es imposible. Sér limitado, solo es capaz de una libertad limitada, graduada por el mayor ó menor alcance de sus facultades. Esta libertad relativa la posee el hombre por ley de naturaleza: no hay que exigirla tumultuariamente en las plazas, ni mendigarla á las puertas de los parlamentos. Proclamar la libertad de pensar ó de querer es un absurdo: con esta libertad nacemos y morimos; sola la ignorancia puede entorpecerla, solas las pasiones cegarla, pero nadie destruirla.

A esta libertad interior el espíritu de Dios la ensancha y perfecciona, porque ilumina la razon con luz del cielo, y abre su ojo para que contemple altísimas verdades; al paso que levanta la voluntad hasta unirla con aquella voluntad soberana que dispone de los tiempos y de los espacios. Al contrario, la indolencia y el vicio la envilecen. ¡Cuántas claras inteligencias nacidas para la verdad yacen en la ignorancia, sin desplegar esas alas esplendorosas con que las adornó la Providencia! ¡Cuántos corazones rectos, nacidos para el bien, gimen uncidos al carro de las pasiones! ¿No veis y oís todos los dias á esos declamadores de encrucijada, paladines de la libertad, que parece la derraman á su paso como lluvia bienhechora? Pues ¿acaso son libres ellos mismos? No lo creais. Su lengua está vendida al oro revolucionario, quizás al oro extranjero: su inteligencia emite servilmente sin discusion ni examen las ideas del último libro que han consultado, ó del folleto que conservan todavía entre sus manos. Y sin libertad interior ¿qué son sus cacareadas libertades?

La mas bella y heroica libertad es sin duda la libertad del sacrificio. Por instintiva que sea la repulsion que hácia esta libertad sienten ciertos espíritus, al fin han tenido que hacerle justicia, embelados con su belleza y avasallados con su heroismo. Cuando un patricio esclarecido vende su vida á precio de públicas libertades, se immortaliza en mármoles su memoria, y sobre su tumba se levantan

trofeos á sus hazañas. Pero ¿por qué el sacrificio del patriota, que acaso no fué voluntario ni libre, ha de ser tan celebrado, y no lo ha de ser la libertad del sacrificio que practica el alma santa, cuando llamada de su Dios deja en las gradas del altar sus joyas y alavíos, y con descalzo pié corre á sepultar en el claustro su juventud y hermosura? ¿Por qué esta sobrehumana libertad ha de ser tildada de fanatismo y servidumbre, y ha de merecer la lega escomunion de nuestras leyes?

Hasta aquí hablo de la libertad interior, fuente y origen de todas las santas libertades. Si del tranquilo reino del espíritu pasamos ahora al tumultuoso campo del mundo, será preciso que sufra la libertad algun menoscabo. El juego complicadísimo de las libertades individuales reclama un orden en su ejercicio; y como estas libertades pueden interesar al cuerpo, al corazon y á la inteligencia, de aquí que el individuo solo pueda ejercer íntegra su libertad en las acciones que al orden físico, moral é intelectual sean indiferentes. En todas las demás su libertad omnímota es tiranía. Así el violento, el libertino y el sofista son tres tiranos. La autoridad debe castigarlos en nombre de la verdad, de la justicia y del orden. ¡Cómo! La naturaleza, las artes, las ciencias, hasta la moda caprichosa y vana tienen sus leyes y su sancion, y todos acatan estas leyes ó sufren el castigo; y ¿sola la verdad, la justicia y el orden habrian de entregarse maniatadas y sin defensa á los insultos de las libertades?

Dos sistemas se han inventado para probar que el hombre ha de gozar en sus actos esternos de una libertad ilimitada, ó como la llaman en el dia, ilegislable. Consiste el uno en negar toda distincion conocida entre el mal y el bien, el error y la verdad. La razon humana se subleva y reclama poderosamente contra un sistema que apaga todas sus luces y la despoja de todas sus conquistas. ¿Con qué al cabo de sesenta siglos de meditacion profunda todavía la razon humana no ha sido capaz de conocer con evidencia una sola verdad, de poner á salvo un solo principio de justicia? Ah! tristes genios! que cuando creen escribir la última conquista de la razon, escriben su epitafio! Con lástima y sin sorpresa he visto que los fogosos tribunos de nuestras constituyentes adoptaban este sistema.

El otro consiste en negar rotundamente la humana libertad, y declarar al hombre un autómeta irresponsable. Este sistema es mas radical. Las ideas de libertad y responsabilidad son correlativas. Para que los derechos del hombre sean ilegislables, es decir irresponsables, es preciso que antes se despoje

el hombre de su razón y alvedrío, que se deje atar al pesebre, y se abraze como Sancho Panza con el manso y humilde compañero de sus fatigas.

Pero aunque el hombre no goce en sus actos externos de libertad ilimitada, todavía la libertad razonable, que es la facultad de conocer la verdad y obrar el bien sin violencia ni coacción alguna, le queda entera dentro del círculo del orden, de la verdad y de la justicia. La dificultad está en señalar este círculo. Convenimos en que ha de ser la ley; pero esta no puede dictarla la voluntad, que de su naturaleza es ciega, y por lo mismo despótica: tendrá que dictarla la razón, no la razón mía, sino la razón verdad, ese traslado de la razón eterna. Mas ¿cómo consultar esta razón, cómo escribir sus oráculos? Aquí nacen los sistemas; aquí empieza el campo para mí vedado de la política.

Unos dicen que por el sufragio. Pero les falta probar: 1.º Cuando el sufragio es una verdad; pues hay quien cree que este oráculo á todas las preguntas responde sí. 2.º Que no pueda uno tener razón contra dos; puesto que la razón del sufragio es en último extremo la razón del número.

Opinan otros que la razón habla por boca de los sabios, y escribe sus oráculos á la luz de la discusión. También á estos les queda por demostrar: 1.º Quiénes son los sabios; pues hay no pocos cuerdos sin letras, y muchos locos eruditos. 2.º De dónde le viene á la discusión ser infalible, no lo siendo los que discuten. La experiencia enseña que la discusión puede trocarse en disputa. Lo cierto es que si de principios luminosos saca la discusión luminosas consecuencias, también de principios erróneos deriva tinieblas de errores.

Otros combinan los dos sistemas, y quieren que discuta la ciencia y la sancione el voto del sufragio. Pero no advierten: 1.º Que la ciencia hablando al número trata mas bien de seducir que de enseñar. 2.º Que los ignorantes son jueces ciegos de la ciencia.

Otros en fin quieren que el círculo del orden lo señale la razón de uno solo ilustrada por escogidos consejeros. Falta saber 1.º Si estos consejeros hablarán verdad. 2.º Si esta razón única escuchará sus consejos.

Todos estos sistemas y sus variadas combinaciones, mientras se apliquen solo á la política, sin invadir el terreno incommovible de la sociedad ó el sagrado de la Iglesia, se mueven anchurosamente en mi creencia de católico. Todos los hombres que los defienden con sus vicios y sus ventajas caben pacíficamente en mi corazón de sacerdote. Si en las cuestiones que entregó Dios á las disputas de

los hombres el camino de la libertad serpentea entre probabilidades y conjeturas, en las trascendentes cuestiones de la fé y de la moral tenemos la brújula infalible del magisterio de la Iglesia. Pero este magisterio ¿amengua acaso la libertad?

Debe advertirse que la sabiduría tiene mas libertad, pero que la ignorancia se toma mas libertades. El novel artista que traslada al lienzo una bella estatua del antiguo, dá á todas sus partes caprichosas formas y variadas proporciones; pero entre tantas libertades como se toma una sola le falta, la única buscada y apetecida, la libertad de precisión. A medida que aprenda, irá trocando los conatos de su impotencia y los ensayos de su rudeza por los aciertos del saber. Si esto es perder la libertad, confieso que la Iglesia, al darnos con su enseñanza la libertad de la sabiduría, nos ha privado de las libertades de la ignorancia.

Cuán lamentable ceguera la de aquellos que suponen á la Iglesia enemiga de la libertad! Ingratos! ¿Cómo olvidais que ella trajo al mundo la preciosa semilla, que regó la planta tierna con su sudor y con su sangre, y que ahora, que el árbol crecido cobija bajo sus ramas á todos los pueblos, sola ella es su guarda fiel y vigilante? Ni los edictos de los Césares, ni los sofismas de los herejes, ni las intrigas de los áulicos pudieron robar á la esposa de Cristo el tesoro de libertad con que la dotó su esposo: vosotros podreis ahora incautaros de sus bienes, pero no soñeis temerarios con incautaros de su libertad.

M. MAURA PRO.

CARTA DEL ILMO. SR. DUPANLOUP

Á UN HOMBRE POLÍTICO

SOBRE LOS DESASTRES DE FRANCIA.

Setiembre de 1870.

Señor conde: Me recordais que hace un mes, al principiar la guerra, cuando creí deber elevar mi voz por el triunfo de nuestras armas, hacia presente el horror que me inspiraba y la confianza que tenia en la victoria, y creéis que despues de los desastres, que han superado á toda prevision, tendré el alma acongojada. No os equivocais. Sí, lloro amargamente la humillacion y los dolores de Francia.

Hace un mes maldecia la guerra; hoy la maldigo mil veces por los horrorosos espectáculos que se presentan á nuestra vista; ¡la maldigo en nombre del cielo ultrajado, de la tierra ensangrentada, en nombre de la fraternidad humana conculcada! Pero no creais que vaya á caer desde la confianza desmentida y desde el horror que experimento en un desaliento cobarde. No, me acuerdo de las palabras de Jesu-

cristo: «Escuchareis las batallas y el estruendo de las batallas: que vuestro corazón no se turbe.» Valor, pues, esperanza y confianza en Dios, dignidad sin jactancia en esta gran prueba de la patria.

¡La patria! No se sabe lo que se la ama, sino en días como estos. Su amor encierra todo lo que el hombre siente hacia sí mismo y hacia sus deudos y amigos. La patria es una asociación de las cosas divinas y humanas; es decir, el hogar, el altar, la tumba de nuestros padres, la justicia, la propiedad, el honor y la vida. Se ha dicho con verdad que la patria es una madre. Amémosla más que nunca en su amargo dolor; sea para nosotros más querida á medida que es más desgraciada: abramos los ojos su santo amor, para ayudarnos á ver la causa de sus desgracias.

Dios divide el tiempo entre su justicia y su misericordia. Este es el día de la justicia y de la expiación: aceptémosle con humilde magnanimidad.

Lo sabéis, señor conde. Los cristianos no temblamos ante estos nombres, nos son familiares, y hasta preferimos la hora del castigo á la hora del escándalo. Si ciertas faltas no fuesen castigadas, no podría creerse en la existencia de Dios. Lo son, luego Dios existe. Esto, que no se creía, ahora se ve claramente.

Sin embargo, decís bien: nada de abatimiento ni de injusticia. He escuchado con rubor acriminar á Francia y ensalzar á la nación victoriosa. No me ocuparé de política: me horrorizaria de humillar á los vencidos ó de saludar al vencedor; pero, francés ante todo, no puedo acostumbrarme á oír que nuestros enemigos poseen todas las virtudes y que son un pueblo modelo, porque hayan conseguido á espensas de su país formar un arsenal y un campamento. No, y mil veces no; como decía una reina ilustre, la madre del actual rey de Prusia: «Creo en Dios y no creo en la fuerza; sólo la justicia es duradera.»

No nos preocupemos pues del triunfo fugaz de la fuerza y del número, ni de la victoria del hierro y del plomo sobre la carne humana; porque sería inícuo y cobarde creer en la fuerza de la pólvora y en la justicia del cañón.

Cierto que la victoria es embriagadora: parece una potencia que fuerza á los elementos; pero tengan entendido los vencedores que hay siempre en las cosas humanas un punto desconocido, en donde Dios se reserva obrar; un resorte secreto que mueve cuando le place, por el cual cambia la faz de los estados, último golpe que abate lo que es excesivo con retrocesos alguna vez terribles.

En este mismo siglo ha habido un día, en el cual la Francia traspasó los justos límites; tuvo que arrepentirse de ello, y la grandeza de sus desgracias igualó á la grandeza de sus triunfos.

Si hoy hubiese *envidiosos en Francia*, como decía Bossuet, si Europa, descuidando la fraternidad de los pueblos y el equilibrio europeo, rehusase escuchar al hombre ilustre que va á decirle que nuestra razón política está de acuerdo con el grito de la humanidad ultrajada, aprenderá pronto á su pesar el yugo que le amenaza y la serie espantosa de guerras que puede con su falta legar á la posteridad.

En cuanto al vencedor, si no sabe mostrarse digno de su fortuna, si permanece sordo á la voz universal que le grita: «basta de sangre y de ruinas,» la maldición de los pueblos civilizados caerá sobre él. La experiencia demuestra que el *Vae victoribus* de la providencia resalta hoy con más frecuen-

cia en la historia de las naciones que el *Vae victis* de los bárbaros. Si su edad no le permite alcanzarlo, sus hijos lo alcanzarán.

Os hablaba poco hace de una mujer, de una reina cuyo nombre es aun pronunciado con respeto en Europa, de la reina Luisa de Prusia. Esta reina vió pasar por su país una tormenta más violenta y más devastadora aun de la que hoy destroza al nuestro. Vió los ejércitos de Prusia derrotados en Jena, Eylau y Friedland, su capital invadida, la Prusia en visperas de ser borrada del mapa de las naciones. Desterrada del trono, el mundo la vió errante con sus cuatro hijos, el segundo de los cuales es hoy rey; pero nada pudo abatir su grande alma, *porque no creía en la fuerza y solo creía en la justicia*; y juzgando con entereza de su desesperada situación, miraba los triunfos de la fuerza con una serenidad y confianza que el tiempo ha justificado.

Acabo de leer la historia de esa gran mujer y la de su nación, tan humillada entonces por el genio terrible que ha dejado suspendida sobre Francia la amenaza de represalias perpetuas.

Para conocer mejor la instructiva historia de Prusia—de 1806 á 1810—he recorrido los libros escritos por los vencidos; porque tengo el convencimiento de que deben leerse con desconfianza los escritos de los vencedores, y que los vencidos dicen la verdad.

Esta historia me ilumina y me consuela. Aconsejo su lectura á los que á la vista de nuestros males se encuentran demasiado abatidos. Esa reina, esa madre, decía: «Aprecio en más el honor de mi país que la vida de mis cuatro hijos.» Tuvo con Napoleon una entrevista célebre: «¿Por qué me haceis la guerra?» le preguntó bruscamente el vencedor de Jena y de Friedland. «La gloria del gran Federico, le respondió, nos ha engañado acerca de nuestro poder.»

Hé aquí nuestra historia en 1870. También nosotros hemos sido engañados por la gloria de nuestros ejércitos.

Algunos años después, viviendo en Mœmel, pobre, abandonada, y con sus hijos, escribía á su padre hablando del vencedor:

«Este hombre es un instrumento en la mano de Dios para romper las ramas dañadas que se confundían con el árbol, pero caerá; sólo la justicia es duradera, y él no obra según las leyes eternas de Dios, sino según sus pasiones. No se ocupa de los sufrimientos de los hombres, sino de su propio engrandecimiento. Desordenado en su ambición, la fortuna le ha cegado, no sabe moderarse; y lo que no se modera pierde necesariamente el equilibrio y cae.»

«Creo en Dios y no creo en la fuerza, y por esto veo claramente que se acercan tiempos mejores. No me espanta de modo alguno vivir de pan y de sal en el camino de la virtud.»

«Lo que sucedió debía suceder, porque la Providencia quiere reemplazar el mundo político ya caduco. Estos acontecimientos no son resultados que debamos aceptar como definitivos, sino malos pasos que es necesario recorrer á condición que cada acontecimiento nos encuentre mejores y más preparados. Hé aquí, padre mio, mi confesión política.»

La valerosa mujer que escribía estas líneas murió sin ver realizada su profecía. Me parece verla salir de su tumba para decir á su hijo: «El que no se modera, y se deja cegar por la fortuna, pierde el equilibrio y no obra según las leyes eternas.»

Pero también para decir á la Francia: «Dios poda el árbol dañado. Esto debía suceder, y veremos mejores tiempos.»

á condicion que cada día seamos mejores y estemos mas preparados.» Me tomo la libertad de devolver al rey de Prusia las cartas de su madre, y de recordar la historia de aquel país á la Francia demasiado descorazonada.

Si, Dios poda el árbol dañado; lo que aquí perezca no es la Francia, no es la nacion, es nuestra ceguedad y nuestras debilidades. Éramos una tripulacion dormida, conducida al escollo por jefes de cuyo sueño participábamos. Despertaremos, pero es preciso que veamos claro á la sangrienta luz de nuestros desastres. Despertaremos, pero con dos condiciones que son las que levantan á los pueblos libres, la verdad y la virtud.

Dejemos, señor conde, á los políticos vulgares señalar las causas próximas de nuestras desgracias y descorrer velos que yo no debo tocar. Nosotros debemos buscar mas profundamente el germen del mal y el sitio en donde se debe aplicar el remedio. En horas solemnes como estas, toda nacion grande debe meditar y examinar el por qué de las pruebas á que Dios la somete.

Casi todos habíamos cesado de decir la verdad, y los poderes de la tierra tienen demasiada necesidad de conocerla. Los soberanos están condenados á que se les engañe, porque temen que se les ilumine.

Se les sirve segun su deseo, y las complacencias culpables y las lisonjas declamatorias usurpan el lugar de las advertencias leales y valerosas.

Habíase dejado de practicar la virtud: la virtud habia sido arrojada de casi todas las clases por el lujo, y arrancada de casi todos los hogares por el amor desenfrenado de la comodidad y del placer. El mal era profundo; se veía, se lamentaba, pero el torrente seguía su curso.

Todos debemos arrepentirnos y corregirnos. ¿Cuál será la llama cuya luz iluminará las conciencias? No hay mas que una: el Evangelio.

Se habla del decaimiento de las razas latinas; no examino esta cuestion. Digo tan solo que si decaemos, no es porque seamos católicos, sino porque no lo somos bastante; porque no tenemos ni la fé, ni las costumbres, ni la fuerte disciplina de nuestros padres; porque, desde hace mucho tiempo, la impiedad y la inmoralidad atacan hasta en su raiz las conciencias y los caracteres; porque nosotros, la Francia católica, hemos desconocido y alguna vez hecho traicion á nuestra gran mision; porque ya no somos la sal de la tierra y la luz del mundo. *Justitia elevat gentes; miseros autem facit populos peccatum.*

Dios no ha hecho á Francia para corromper al mundo, sino para ilustrarlo y civilizarlo, para propagar el reinado del Evangelio, que es todo justicia, verdad y caridad. Pero Francia no lo ignora. ¡Y hé aquí que en la hora en que yo escribo estas líneas, un último atentado, largo tiempo preparado, se consuma, merced á la humillacion de Francia y al abandono universal! Roma es invadida, Italia termina la obra que la deshonorra, el papa es al fin despojado; los tratados, los esfuerzos del mundo católico, la palabra y la espada de Francia lo han cubierto en vano..... ¿Y dónde irá á reclinar su cabeza?

Con todo, señor conde, nuestra fé no debe turbarse. Los hombres tienen horas que Dios permite, reservándose los tiempos y la direccion soberana de las cosas, que á él solo pertenecen. No digo mas que esta palabra; para los creyentes basta, y para todos añado: ¿no habeis visto pasar á la justicia

de Dios? Se ha hecho la unidad italiana, y ella ha hecho la unidad alemana.....

Por lo demás, cualesquiera que sean nuestros errores y nuestras desventuras, gracias sean dadas al cielo. Ni Dios abandona á su Iglesia, ni Jesucristo está olvidado entre nosotros.

El Redentor no ha perdido su virtud, y si pudiéramos, como aquella pobre mujer del Evangelio, tocar tan solo su túnica, seríamos curados. Antes de derramar su sangre por el mundo, tuvo nuestro Señor una mirada para su patria; habia llorado sobre ella, y Jerusalem se habria salvado si se hubiera acogido al pié de la cruz. ¿Por qué no lo hará la Francia?

Sé que la fé se ha debilitado tristemente entre nosotros, y es lo que explica el que nos haya faltado la virtud y la verdad; pero todavía no ha muerto esa fé en el fondo de los corazones. Aun en aquellos en que parece dormida, se despierta y se muestra con obras de abnegacion. Todo cuanto es grande se inspira en ella, y nada hay inmortal si ella no lo consagra. Las palabras espacion, redencion, resurreccion, que todos los hombres que no se pagan de palabras vanas pronuncian ahora, son palabras cristianas.

Nuestros soldados despues que se baten reciben una señal de honor, que es una cruz; nuestros soldados heridos ven acercarse á ellos á los médicos, á las hermanas de la caridad, á los amigos, con una cruz; los soldados que mueren besan con gozo supremo la cruz del Dios que quiso sufrir, estar herido y morir. ¡Honor, fraternidad, vida eterna! La cruz siempre nuestro símbolo, y la religion que se cree muerta domina sobre Francia como la flecha de Strasburgo, bombardeada, mutilada, inquebrantable sobre aquella poblacion heroica, cuyo enemigo no impedirá jamás que el corazón sea francés.

No se ha encontrado nada mas augusto ni mas sagrado para proteger á las Tullerías desiertas y el sitio vacante de la soberana caida, que una bandera con el signo de Jesucristo, señor dulce y justo, eterno reparador de nuestras faltas.

Pero ya basta. La hora de decir todas las grandes verdades no ha llegado todavía, y la hora de los grandes deberes se oye como el sonido de la campana de alarma.

Los parisienses, con los hijos de toda la Francia, van á ocupar las murallas. No han degenerado de la virtud de sus padres, que desde las alturas de Santa Genoveva y bajo sus auspicios rechazaban en otro tiempo á las gentes del Norte; serán dignos de aquellos que resisten intrépidos en Metz, en Verdun, en Toul, en Strasburgo. En cuanto á mí, que no puedo acompañarlos sino con mis votos y mis mas ardientes simpatías, oraré incesantemente por ellos, por Francia, por sus hijos muertos, por sus heridos, sus viudas y sus huérfanos, en esta antigua ciudad francesa de Orleans, que conserva el estandarte libertador de Juana de Arco.

Recibid, etc.—FÉLIX, obispo de Orleans.»



MANIFESTACION

DE LA ASOCIACION DE CATÓLICOS EN ESPAÑA CON MOTIVO DE LOS ÚLTIMOS ATENTADOS CONTRA LA SANTA SEDE.

Los estrechos límites, á que por un tratado usurpador y sacrilego quedaron reducidos los estados pontificios con asentimiento de los poderes de la tierra, acaban de ser arrebatados á la santa sede, ensanchando el despojo que en aquel tratado se cometió y faltando escandalosamente á lo que las potencias signatarias ofrecieron respetar.

La santa sede ha quedado privada de aquel dominio temporal que el episcopado católico, congregado en Roma en 1862, reconoció haber sido establecido por un designio manifiesto de la Providencia divina y ser indispensable en el estado presente de las cosas humanas para el bien y libertad de la Iglesia y para la direccion de las almas; considerando altamente conveniente que el romano pontífice, cabeza de toda la Iglesia, no sea súbdito ni huésped de ningun príncipe, sino que sentado en su trono con pleno derecho pueda proteger y defender la fe católica y regir y gobernar á toda la república cristiana con noble, tranquila y santa libertad.

Cuanto se honran con el título de hijos de la Iglesia católica, ven con dolor inesplicable que su padre sea acometido en su propia casa y despojado de la ciudad santa, que ni es ni puede ser patrimonio de nadie, porque es patrimonio de todos los católicos.

La invasion última de Roma es un crimen que se asimila al parricidio, y contra él levantan su voz los que suscriben, así como contra los despojos anteriores, constituyéndose eco fiel de todos los miembros de esta Asociación, y aun pudiera decir de todos los españoles, si no hubiera por desgracia algunas escepciones.

Los poderes de la tierra enmudecen y contemplan impasibles la gran iniquidad de los tiempos modernos, sin que haya ni uno que venga en auxilio del que es el mas legítimo y el mas santo de todos.

Aunque carecemos de fuerza y medios materiales para mantener nuestra protesta para conseguir que sean restituidos á la santa sede los dominios temporales que le han sido arrebatados, sin embargo nos creemos en el deber de hacer esta manifestacion pública de dolor, y la solemne oferta de avivar si es posible nuestra adhesion ciega á la santa causa del pontificado, y aumentar el fervor de nuestras oraciones para que Dios libre á la Iglesia de sus enemigos, y ó los traiga á su seno, ó si resisten á su gracia los confunda con la fuerza de su diestra poderosa.

Así lo hará esta Asociación con el favor de Dios.

Madrid á 22 de setiembre de 1870.—El marqués de Viluma presidente.—El marqués de Mirabel vicepresidente primero.—Leon Carbonero y Sol vicepresidente segundo.—Vicente de la Fuente como presidente de la junta provincial.—Antonio Lizarraga tesorero.—Ramon Vinader secretario.—Juan Tró y Ortolano secretario.—Enrique Perez Hernandez secretario.

CRÓNICA.

SUCESOS DE ROMA.

El *Diario de Barcelona* publica una carta de Florencia del 15, en que leemos lo siguiente:

«¿Cabe imaginarse algo mas chocante que las ovaciones que se hacen por el hecho de que cien mil hombres van á arrojar sobre seis ó siete mil, y todo esto para dictar la ley á un anciano de setenta y ocho años y que es el jefe de nuestra religion?»

Los pesares de un corazon italiano no son conocidos; pero puedo decir con toda conciencia, que la Italia no está toda por los conquistadores. El raciocinio comienza á abrirse paso entre la gritería de la pasion y de la ignorancia. Comienza á descubrirse la verdad en medio de ese vasto laberinto en que se ha entrado sin escrúpulo.

En un artículo que *L'Opinione* publica esta mañana, he visto indicados los obstáculos que el gobierno comienza á

entrevener. Cuando háyamos entrado en Roma, ¿qué haremos? El papa hasta ahora no ha querido manifestar intencion alguna de marcharse. Créese que va á permanecer en Roma, mientras pueda esto conciliarse con las empresas de la revolucion. Pio IX mira con gran lástima los extravíos de una multitud saciada de errores y blasfemias, y no consentirá tal vez en abandonar el campo de batalla, sino cuando no pueda hacer frente á la irrupcion de la iniquidad.

Por un testigo fidedigno he recibido algunos pormenores sobre el recibimiento hecho al conde Ponza di San Martino. Parece que el papa comenzó por enterarse de la carta que el conde le presentó, y despues hizo algunas observaciones sobre el testo del evangelio que habla de los *sepulcros blanqueados*. Luego, levantándose con toda la majestad de un apóstol y de un soberano, parece que pronunció estas testuales palabras: «No soy profeta ni hijo de profeta; pero os digo y os anuncio, señor conde, que no entrareis en Roma, ó que si entráis no permaneceréis en ella.»

Se ha nombrado una comision presidida por el señor Mamiani, encargada de proponer al gobierno todas las providencias *necesarias* para establecer el gobierno que ha de reemplazar al del padre santo. Ya sabe V. que el Sr. Mamiani es un reformador de la Iglesia y un enemigo de los concilios. Acaso por estas cualidades ha sido escogido entre mil otros que tenían iguales títulos á la nombradía.

Ya sabe V. que el conde de Mamiani de Pésaro pasa por un filósofo y por un político de gran talla. Este hombre que se vió impelido por la oleada revolucionaria, y á quien el gobierno acaricia en este momento, carece de iniciativa y de carácter: es enérgico en sus frases, con lo cual ha ganado cierta reputacion por no tener contradictores de bastante talla.

De iguales condiciones son la mayor parte de los hombres políticos que dan su apoyo al gobierno, el Sr. Cadorna en Londres y el Sr. Minghetti en Viena. Son hombres comprometidos, que de miedo de retractarse en vista del peligro, prefieren callarse ó aplaudir.

En cuanto á los demás que aplauden, son una turba de ignorantes ó de hilvanadores de frases que no ven en la empresa de Roma mas que un nuevo medio de llamar la atencion y obtener honores y destinos. Todos los hombres de orden, todos los verdaderos amigos de la monarquía están desesperados, pues ven que á no tardar no habrá ya que habérselas con el papa, sino con todo el partido mazziniano.»

Asalto y rendicion de Roma á las cinco y media de la mañana del 20. Las tropas italianas, respondiendo al nutrido fuego de las tropas pontificias, rompieron las murallas por la parte de Puerta Pia: á las diez entraron por asalto.

Los pontificios izaron bandera blanca en todas las baterías, cesando el fuego por orden del papa, y fué espedido un parlamentario al general en jefe italiano. En su consecuencia fué ocupada Roma militarmente, siendo dividida en cinco zonas. Las cinco divisiones mandaron un contingente á la ciudad para conservar el orden. El resto de las tropas acampa fuera. Hasta ahora no hay mas detalles oficiales.

El combate duró desde las cinco de la mañana hasta las diez, siendo simultáneo por tres puertas, y jugando la artillería cuatro horas para abrir brecha. Dice el parte publicado que fué vigorosa la resistencia.

El gobierno ha dado orden al general en jefe para no ocupar la ciudad leonina, que piensa dejar al papa.

Sábese telegráficamente que, á consecuencia de desórdenes ocurridos en la ciudad leonina de Roma con motivo del furor del pueblo contra los gendarmes pontificios (*), el papa pidió repetidamente al general en jefe italiano que mandase tropas á conservar el orden, á lo cual accedió este. De un momento á otro se espera en Florencia una diputacion romana invitando al rey á ir á Roma, en donde el entusiasmo es extraordinario. Los prisioneros pontificios son 9,300; los indígenas formarán depósito esperando órdenes, los extranjeros serán enviados á su país respectivo.

(*) Hay que recordar que estos telegramas son de origen revolucionario.